



VITRINA DE LOS LIBROS

Comentarios bibliográficos

ISAIAS PEÑA GUTIERREZ

OBRA: ISAIAS Y EL FRENTE NACIONAL

AUTOR: ISAIAS PEÑA

COMENTARISTA: BENHUR SANCHEZ SUAREZ

Este año Isaias Peña Gutiérrez, autor del libro LA NARRATIVA DEL FRENTE NACIONAL cumple quince años de ininterrumpida labor como difusor, promotor y crítico de nuestro desgarrado oficio de relatores y testigos de una época y una sociedad en la cual nos ha tocado vivir.

Qué buena cosa para nosotros, claro. Y es que los conjuntos generacionales casi nunca han tenido un relator creyente, comenzando por decir que no ha habido propósitos generacionales aunque sí de grupos y no ha habido en nuestro país propósitos comunes ni previos acuerdos en esta tarea de dar testimonio de nuestro mundo y de nuestra época. Y más en nuestro medio donde editar es un privilegio y no un derecho a la creación y a la palabra; donde publicar es un favor y no una obligación con el autor y sus desvelos, donde escribir es un exilio de los medios de producción y por tanto, un recorrer dolorosos caminos para lograr la comunicación a que tiene derecho el escritor y sin la cual no existe la literatura. Nos ha unido, desde luego, un marco histórico preciso, nos ha identificado un mismo lastre de zozobras y recuerdos, nos han quitado el sueño fantasmas similares. Cada uno ha respondido a su manera. Y esto da fisonomía al libro.

Nuestras generaciones —permítanme utilizar el nombre ya que estamos en una fiesta de cumpleaños— han tenido relatores aislados y desapercibidos, como también ocasionales comentaristas que con base en la amistad, el paisanaje o el compadrazgo político, han dicho esto o aquello de una obra, aquello o esto de un autor o de un conjunto de obras y de autores. Muchos libros se harían con este tipo de trabajos, seguramente con la calidad de sus orígenes. Otros, más por snob o por falsa posición intelectual, han escrito apasionadamente sobre autores extranjeros y sólo de ellos, pues

hablar de los nuestros implicaría un esfuerzo de investigación que ellos no están dispuestos a emprender. Y claro, valiosos aportes que no podemos negar pues no somos una ínsula en el mundo ni a nadie se le puede negar apetencias en nuestro devenir histórico dependiente.

Yo creo que en esto radica el valor de un hombre que ha sabido ser fiel a sus principios, que ha caminado con la frente limpia por los vericuetos de nuestros avatares, de nuestros pequeños triunfos cotidianos, de nuestros fracasos, de nuestras envidias y rencillas, nuestros olvidos premeditados.

Para satisfacción de unos pocos y disgusto de la mayoría, ojalá sea a la inversa, ha puesto el dedo en nuestros desaciertos, ha alentado nuestras pequeñas conquistas y no ha desmayado en ser, durante quince años, el difusor sin ánimo de lisonjas, el defensor a costa de disgustos domésticos y enemistades, el presentador a toda escala, nacional e internacional, pueblerina o citadina, a pesar del retiro impaciente de un saludo o de las diatribas.

Y es que siempre ha habido un sagrado temor de hablar de los que empiezan. Unos por desdén, otros por parecerles riesgoso enfrentar una perspectiva histórica donde de pronto queden en ridículo, algunos por considerar de más valor llover sobre mojado, es decir, hablar grandes cosas ya dichas sobre grandes cosas y así poder preservar su inteligencia inmaculada.

Sólo el profeta Isaías, nuestro compañero de luchas y desvelos, se atrevió a hablar de los primíparos con constancia bíblica. Se atrevió a enjuiciar a quienes ya tenían un sitio en el demacrado olimpo de las letras nacionales, aunque aceptó y promulgó sin reservas valores consagrados que consideró lejanos a la duda, un Rivera, un Carrasquilla, un Vidales, un Gómez Valderrama, un Mejía Vallejo; impugnó a los críticos con sus críticas, sin miedo a la desacralización como aquella memorable carta a Angel Rama; y lo que es más importante y me interesa resaltar aquí, siempre lo hizo en defensa de su grupo generacional aunque, con gran generosidad, también de algunos de más atrás y otros de más adelante y seguro de mañana, sin escatimar esfuerzos. Nunca un conjunto generacional en la literatura colombiana tuvo un promotor más avisador y decidido, no encerrado por paredes de tiempo, sino abierto a nuevas inquietudes y promociones, no exclusivo ni excluyente. Y nunca tampoco un hombre tuvo un conjunto generacional más desagradecido.

Cuántos no aspiraron de su decisión a un premio o a un halago efímero y al no lograrlo se encorcharon en el rumor.

El libro es una prueba de esta lucha quinceañera. Desde las primeras cartas de 1967, donde ya se vislumbraba su vocación de análisis de nuestra realidad, hasta sus últimos comentarios sobre nuevos libros que enriquecen nuestro acervo bibliográfico, el testimonio de una época y una sociedad atraviesan estas páginas.

Hay un piso teórico ineludible con el que, presumo, se intenta por primera vez teorizar sobre nuestro desarrollo literario en forma coherente, y es más, se dan bases para estructurar una teoría desde la perspectiva de un análisis de nuestra realidad histórica y sus praxis literaria.

Tres importantes ensayos introducen al lector el desarrollo literario de dos décadas. En las 168 primeras páginas encontramos la teorización clara y limpia sobre la cual Isaías se basa para analizar nuestras búsquedas literarias. Textos como Génesis y contratiempos de una narrativa, La nuestra ¿otra generación frustrada? Solamente hice una pregunta, El cuento del Frente Nacional Balance crítico, Una literatura sin lectores, publicados en distintos medios y años permiten establecer los marcos que servirán de base para estructurar su análisis socioeconómico y por tanto literario de este período significativo de la historia colombiana.

El resto del libro reúne entrevistas con los autores, de varias épocas y esto es importante pues permite medir la madurez alcanzada por muchos de ellos, comentarios de sus obras donde vislumbra la coherencia total entre la primera parte teórica y referencial y la otra, que puntualiza y concretiza este devenir.

Y algo importante: el universo no se cierra, como es obvio, pues las condiciones que originan sus trabajos siguen inalterables, y además, este grupo generacional está en plena producción. Por tanto el libro es un resumen lúcido de estas etapas, iniciales para muchos, intermedias para otros, nunca culminantes para ninguno. La puerta queda abierta, por fortuna.

Para terminar quiero parodiar al propio Isaías cuando escribiera la presentación de mi primera aventura literaria, La Solterona, que no he vuelto a ver pues se casó con su inefable ineditud: aquí está el libro a la espera de sus posibles verdugos o lectores.

OBRA: 13 CUENTISTAS COLOMBIANOS
COMENTARISTA: ISAIAS PEÑA GUTIERREZ

Desde las fauces de la sombra y otros relatos, impreso en Medellín, con una carátula diseñada por Hugo Zapata sobre un grabado del siglo XVII, con 137 páginas, será una de las pocas, antologías de cuento de 1982. Pero será una muestra representativa del cuento actual en nuestro país. En ella se observa el término medio al cual han llegado los narradores luego de pasar por el experimentalismo y por las formas clásicas. El cuento de José Luis Garcés González, ganador único, que le da título al volumen, combina la narración objetiva con un remolino de recuerdos que hacen del Viejo —su personaje— un fantasma asediante. La pesadilla del tiempo encarnada en un hombre que se lo tragan las sombras le sirve al autor monteriano para demostrar su bien dotado arsenal narrativo.

El primer finalista, Juan Diego Mejía, del Taller de Escritores de Mejía Vallejo, con su cuento "Esperando a Agustín" nos hizo pensar mucho. Es un narrador de gran vigor que corre riesgos sin miedo: su historia campesina, su trama clásica, su lenguaje normal. Sin embargo, consigue una prosa nueva.

Luis Darío Bernal Pinilla fue finalista con dos cuentos, "Carnaval de recuerdos", que a mí me encantó —una vieja rompe sus recuerdos con una muñeca dormilona—, y "Penélope", con el lenguaje oral de algunos otros de sus cuentos y con su acostumbrado esperpentismo social.

"El circo nunca llegará a este pueblo", del muy particular Milcíades Arévalo, con sus payasos y ventanas secretas, con sus sugerencias y poesía surrealista, también pudo ser el primer finalista.

Pedro Badrán Padaví, un joven autor costeño, escribió "Un viejo hotel" en ritmo de monólogo y dando muestras de ser otro campeón del cuento.

"Silvana", de Carlos Bahamón León, del Taller de Escritores de la Universidad Central, es una historia romántica entre estudiantes, de aquellas que los escritores han abandonado inexplicablemente, muy bien escrita.

No recordaba el cuento "Su pequeño hijo" de Horacio Benavides. Es algo así como una buena fábula sicoanalista. Si no me equivoco. Juego de sueños y símbolos. Cuento corto.

"Marca alta" de Joaquín Peña Gutiérrez en su primer cuento que seleccionó en un concurso. Una historia muy personal —familiar—,

ubicada en un escenario extraño para el autor que aún no conoce el mar, escrita vigorosamente, y con gran sentido de las relaciones interfamiliares.

Oscar Arcos Palma es por segunda vez finalista en este concurso. "Secuela" continúa su línea de cuentos que le hemos conocido en el Taller de Escritores de la Universidad Central: la vida estudiantil y sus problemas dentro y fuera de casa.

Andrés Elías Flórez con "¡Alto! Letra veinte" nos entrega el absurdo de la vida, ahora contagiado de un honor apropiado para casos de desempleo.

Cierra el grupo de finalistas, Mario Perilla Camelo con "Cómplice de María", cuento corto que juega con el secreto de las identidades.

Finalmente, Francisco Javier Echeverry aparece con un excelente cuento policíaco, "La gota de aceite", y, Marco Tulio Aguilera Garramuño, hace con "¿Quién no conoce a Sammy McCoy" una brillante recreación de dicha leyenda parodiando otros textos del mismo tema.

Desde las fauces de la sombra y otros relatos es el mejor regalo de fin de año que nos haya podido hacer Edgar Bastidas Urresty y la Fundación Testimonio de Pasto.

OBRA: "LA CANCION DE NOSOTROS"

AUTOR: EDUARDO GALEANO

COMENTARISTA: ISAIAS PEÑA GUTIERREZ

Al principio de esta novela, *La canción de nosotros*, Eduardo Galeano se pregunta en unos versos: "¿Podré cantar tu canción boca arriba sobre la hierba? ¿Cantar con voz de ciego tu canción?". Y con esos versos le da el tono a sus 232 páginas para remontarse al origen y a las consecuencias de la tragedia padecida por los países del cono sur, de Centroamérica y de la casi totalidad de América Latina. Encontrar el tono exacto para esta clase de temas debió resultarle difícil al autor porque fácilmente el subdesarrollo, la dependencia y la represión política —en la forma como la han sufrido Uruguay y Argentina— se convierten en pasto de panfletos y lecturas inoficiosas desde el punto de vista literario. Acá, en *La canción de nosotros*. La tragedia de quienes quisieron un cambio político y por esa razón terminaron en los cuartos de torturas, en los campos de concentración o simplemente desaparecidos entre

yuyales o en las arenas de los ríos, se hace palpable mediante la representación del regreso de Mariano, quien logra huír de la cárcel, y de su encuentro con Clara, pero ellos jamás llegan a copar el escenario. Es más, los capítulos dedicados a las sesiones de torturas son dosificados con tanta mesura que ellos pasan como una pesadilla, es decir, como un momento en la totalidad de la vida. Galeano es muy inteligente en este aspecto porque no evade la representación de la captura y muerte de Fierro, de los suplicios a que es sometido Mariano, de su huída. Pero no abusa —como sucede de ordinario con esta literatura— de la sensibilidad del lector sometiéndolo a la tortura de las torturas literarias. En cambio, coloca como telón de fondo la increíble vida de dos personajes extraordinarios, Ganapán y Buenavida, dos hombres que vienen del desempleo, que tienen todas las características de las capas marginadas de la sociedad dependiente capitalista, cuyas historias son tan ricas como las de algunos personajes de Gorki pero que fundamentalmente yo he asociado con algunos de los protagonistas de las novelas de ese gran escritor argentino cuya muerte jamás nadie le perdonará a los militares de su país, Haroldo Conti, Ganapán y Buscavida, como la Pitanga —la mujer del primero—, son la otra cara de la medalla. Y Galeano como Conti los han rescatado de su obligada miseria para colocarlos en su contexto verdadero. No el misericordioso, no el piadoso. Son vagamundos en quienes la dimensión del hombre se abulta porque pareciera que los demás *hombres* extrañarían en ellos lo humano. Son más hombres porque su única lucha es esa: demostrar que también son seres humanos. Y su vida se teje de ires y venires, de dramas y tragedias, de comedias y sentimientos secretos, de sorpresas y agonías. Casi al final de la novela, Galeano narra la incursión de los dos vagamundos al casco de un barco abandonado. Aquí pareciera estar rindiendo homenaje a Haroldo Conti. Los dos hombres acuden al barco como quien asciende a la última esperanza. El destino de ellos, sin embargo, está marcado desde el principio. Y el barco que por tantos años ha permanecido flotando en ese preciso instante se hunde. Luego, Buscavida desaparecerá, y Ganapán regresará a su casa con la Pitanga y sus gurises. Ahí llegará Mariano. Y con ello se cruzan dos mundos distantes que en los saltos de la historia suelen converger a un mismo afluyente: el de la renovación del hombre.

OBRA: OTRAS NOCHES, OTROS REMORDIMIENTOS

AUTOR: CARLOS ORLANDO PARDO

COMENTARISTA: FERNANDO AYALA POVEDA

La tierra se llama Juan pero también *Los Convenios*. La niebla de _

la memoria se disipa y en la geografía planetaria se yerguen los poblados gemelos donde triunfan las exterminaciones y los cementerios. La dictadura del silencio barniza con sangre los muros de las casas. El toque de queda es un insomnio perpetuo para los habitantes. La pesadilla súbita es un disparo a quemarropa, un camión fúnebre, una sirena, una voz dantesca en el altoparlante. El mundo de *Los Convenios* es un universo cerrado, aplastado por los rigores de la violencia, por la resaca del odio y la desdicha. Al otro lado del sueño, reinan los gestos del horror. Nadie sabe cuántos hombres han sido cazados. Algunos murmuran: son trescientos mil los muertos.

Carlos Orlando Pardo va y viene de *Los Convenios* como quien se desangra. Al igual que Gabriel García Márquez, Nikos Kazantzakis, Curzio Malaparte o Manuel Scorza eligió por compromiso con su propio rostro, fabular la historia de su pueblo. A través de una arquitectura sobria, nos revela los lutos y los días del pastor de cabras asesinado, de las bellas muchachas que jamás tuvieron la posibilidad del amor, todo el horro del sitio y de la conciencia que se auto-destruye.

LLegó el viernes muy temprano inicia el abanico de relatos. El vengador es el mismo de siempre, un errante sin nombre, que viene a los Convenios a saldar viejas cuentas. El muerto se le parece. Se llama el Sargento Martínez y todos aún lo recuerdan. Su oficio era la investigación de las guerrillas. Como buen militar nunca supo quién fue ni por qué luchaba. Se murió de desamor y de asombro. Su ejecución naturalmente desatará la retaliación.

Es mejor no meterse delinea el perfil del traidor. Alonso Alfaro es el guardián del cementerio que vive sepultado por su nostalgia. ¿Qué recuerda? Tal vez el tiempo de la inocencia, de los pequeños amigos y las aventuras cotidianas. De alguna manera el recuerdo le sirve para apurar el remordimiento de la traición. De antemano conoce el nombre de las víctimas y su único analgésico es la tierra recién cavada.

Los Encierros fundamenta una época: "La paz era la exterminación". Su esposa nos cuenta su destino. "Matador" del directorio político, realiza su última comisión para jubilarse. En la hora terrible del encierro, este hombre quedará ciego cuando descubre el rostro de un fantasma llamado Piedad.

Estamos esperando a ver que pasa es la conciencia de un pueblo. Pirulí es el elegido, el emisario, el hombre rebelde que conoce

cuantas horas faltan para el fin del mundo. Los Convenios constituyen su cárcel. El toque de queda el fuego que rebosa su copa. De un momento a otro su mano implacable borrará la risa del Capador (El teniente) y todo comenzará. Detrás del silencio, Nieves es el amor del emisario.

Yo siempre se lo dije muchas veces acuña la historia trágica de Patricio Peña, el proveedor de armas a las fuerzas de la oposición. A diferencia de Edipo Rey o de Santiago Nasar, Patricio Peña marcha hacia la muerte en cumplimiento de un deber. La muerte para Patricio Peña es la clave de una voluntad histórica.

El Señalamiento cuenta la desdicha, la indiferencia, el tour de force entre un matrimonio. La razón es sencilla. El dinero con el cual el esposo compró la casa soñada está marcado por la sangre de los ajusticiamientos. La casa entonces se transforma en el espacio de la amenaza, del señalamiento donde un día de estos, alguien llamará a la puerta. La partida del esposo no soluciona el abandono de su esposa sino lo multiplica. Total: el terror es la soledad de una casa marcada.

La Mujer del silencio explora una delicada historia que espanta. Ella es la viuda que reza con un rosario de perlas negras. Ella es la sombra que acude a la iglesia como un ángel. Ella es el oído que escucha a un hombre antiguo, quién dice, "Si ellos nos hacen las unas, nosotros debemos hacerles las otras". Entonces cae la máscara y el ángel se revela como el exterminador. La viuda continuará señalando con sus perlas negras la casa de las víctimas. Mañana partirá de los Convenios. Sin embargo la noche es infinita como la tragedia.

El Engorde plantea una ironía genial. Padre e hijo son confidentes, amigos. El uno es un insurrecto. El otro un propietario de cerdos. El hijo ha ido acumulando el odio de la resistencia. El padre ha ido engordando los cerdos militares. Lo que el uno quita, el otro le repone. No obstante, la muerte es la triunfadora.

Los Guardias narra el regreso del Jorobado Herrera para ajusticiar al alcalde. Lo que en *Llegó el viernes muy temprano* era presagio de una muerte, aquí es cumplimiento. Tanto el muerto como el que regresa forman parte de un odio que no se agota en sí mismo sino que se aquilata más allá de la partida.

Finalmente, *El Seguimiento* es un disparo en la sien. Fernando Quimbaya un día en la ciudad D. ve a sus remotos verdugos convertidos en pacíficos transeúntes. El peso del recuerdo y del se-

guimiento, de la obsesión y el rencor lo conducen al infarto. Así, la víctima eterna, se repite en él. El hombre aparece como condenado a seguir a sus asesinos. Y aún más: a morir sin identidad.

Los Convenios son puntos de contacto entre el remordimiento y la muerte, entre la violencia que mata y la violencia que renace, entre el terror que debilita y la llama que curte. En esa rueda vertiginosa del dolor y el espanto, trescientos mil hombres giran sangrando en silencio.

OBRA: II. EL REY DE ESPADAS PIERDE SU BARAJA

AUTOR: CARLOS ORLANDO PARDO

COMENTARISTA: FERNANDO AYALA POVEDA

Los lugares comunes es una carcajada con lágrimas, un traje de desilusión, un regreso sobre los actos cotidianos. Las oficinas, las alcobas, las vitrinas, constituyen las escaleras para que el lector pueda asomarse a un mundo barato, de sentimientos inútiles, de sueños rifados. El telón sube: los actores asumen sus papeles. La banda circense desfila. Estamos en el reino de la parodia, el melodrama, la irrisión y la megalomanía. *El Jefe de Sección* se despidе del poder burocrático. La servidumbre ya no le musita deliciosas adivinanzas al oído. El círculo del gozo se cierra. *Tú estás solo: el chófer ya no te espera, los aúlicos tardan, la secretaria de ojos verdes le da espalda a tus lágrimas. Ahora vas a pie. Sabes que en tu lugar ahora hay otro Jefe de Sección. Tu voz extraña las órdenes, la suficiencia. No existes.* Ese mismo hombre corriente, revive en *Los Cumplimientos*. Aquí emerge como el Jefe de Personal. Su ritual, su ceremonia cotidiana tiene un centro en los códigos del poder: Méritos, discursos donde pueda ser mencionado, alabanzas, cédula de hipocresía, carnet para la manipulación moral, rol de vida entre cocteles, automóviles, secretarias y tarjetas de crédito. Todo eso es el plasma de su alimento. Como buen Jefe de Personal establece la violencia del tiempo, el juego de las posesiones (Mi secretaria, mi), las grandes estafas espirituales, la represión milimétrica. En sus quince años de jefatura nunca tuvo oportunidad de preguntarse quién era. Sólo de martirizar a los subordinados con la tarjeta del reloj y con su mirada de cabo primero. Hoy está más solo que nunca. Más frustrado que nunca. Chingado, arribista, falso triunfador, prostituido intelectualmente, nuevamente atrapado en el círculo que se cierra. El poder no es eterno. Al fi-

nal, al abrir el telegrama y leer, "Mamá ha muerto", entiende que su vida es un pozo sin fondo.

Este mismo y repetido hombre va por la calle, en *Un día no festivo* o al lado de *La Manifestación*. Como es natural, odia la libertad por la costumbre de vivir entre sus cadenas. Refunfuña y censura las aspiraciones de los manifestantes. Decreta la felicidad de la televisión y los comerciales en todos los hogares y adora a Frank Sinatra en Villarica. Entra con su esposa a un cine y disfruta de la oscuridad, de la incomunicación y la alienación. No obstante de regreso a casa, la policía lo golpea. La democracia lo mancilla. Alguien lo levanta solidariamente. El hombre se traga las lágrimas y se arregla su corbata de bufón.

Este mismo y repetido hombre es el abandonado por su esposa, el habitante sin sitio en *Las Horas del Sueño*. En realidad nunca "me importó la guerrilla, sólo divertirme de lo lindo y hacerme el héroe de moda donde se creía en mi honestidad, darme la altura que nunca tuve y estar ahí de bar en bar haciéndome el rico, el serio, el duro y el militante, tirándome, luego del abandono". Al final de su meditación, se dice que "Tan solo trato de reconstruir mis sueños y entiendo que los cortarán y quedaré lo mismo que en las radionovelas colgate presenta".

Este hombre frustrado, este habitante de la ínsula capitalista, este animal que ríe en desencuentro, es el centro de los relatos de Carlos Orlando Pardo. Detrás de *Los lugares comunes* hallamos el rostro de los íntimos secretos, de las masturbaciones culpables, de la chica que anhela ser leída por Corín Tellado, de las muñecas rusas, de las mujeres inolvidables que se llamaban como Marta, de la nostalgia del cuerpo, del gozo del placer, de la duda metódica de la existencia. *Los Lugares comunes* están en todas partes, en las ciudades y en nosotros mismos, en las pequeñas derrotas, en la miseria sexual y en la miseria espiritual, entre las alcobas y los rascacielos del olvido.

OBRA: BAJO LA PIEL

AUTOR: OMAR MORALES BENITEZ

COMENTARISTA: FERNANDO AYALA POVEDA

"Debemos reflexionar sobre nosotros mismos para dejar de ser lo que hemos sido: un enigma y una negación"

Omar Morales Benítez nos llega con su voz inicial, expresada en una colección de cuentos que llevan el título general: *Bajo la piel* (1977, Imprenta Departamental de Caldas). El lector habrá de internarse con sorpresa por *Debajo de la Piel está la lepra* para descubrir las manos que se daban en la lucha, entre el cielo y el infierno y en el indicio de aquella mano sin lumbre, desprovista de un índice, que revela la escalofriante verdad de esta historia: terror del interrogatorio, tortura de la soledad, miseria del guiñapo humano, mirada del verdugo que oculta un brillo de lepra. Por encima de este escalón nos llega: *Asco* ya con otras manos, con las manos del contabilista, bajo el cielo de pueblolimpio, que escribe una declaración al lector y la cual parte de un hecho: se ha suicidado por asco a la vida, a los hombres y a él mismo. Más allá del mismo río, Carlos Cantura y su perro, sostienen un diálogo feroz con un extraño que trae la peinilla desenfundada para la sangre. Se resuelve *Esta suerte de Perro* con la partida del extraño y con la silenciosa solidaridad que defendió al amigo del hombre del mismo modo en que el hombre defendió a su amigo: el perro. De regreso al río, Anselmo Argüelles, sueña con el oro desde sus pasos de minero y entre el sueño celebra el ron y la esperanza. Cuando ocurre el suicidio de este hombre todos dirán: "Se enloqueció el pobre hombre". Nosotros acaso pensaremos que la *dinamita* del oro con su fiebre lo sepultó con todo y su hogar. Después de esta breve narración titulada *Dinamita surge Desequilibrio*, viñeta sobre la injusticia y los actos defensivos del pobre que en una situación de compromiso no acepta más el peso de esa eterna "Carga de leña". Viene posteriormente una historia sacada de *La Metamorfosis* de Kafka llamada *Laberinto* donde K se convierte ahora en hormiga. La imaginación queda abierta cuando ese transfigurado siga contándose las patas de hormiga. Frente a su próximo cuento, *Espejo* el autor nos lleva por los mundos del espejo y los enfrentamientos ante él. Un hombre que se mira no siempre se refleja en él y acaso más bien al estrellarlo, el espejo se convierta en patíbulo para el vidente. Finalmente se entrelazan: *La Astilla de guadua*, *El ángel de la guarda*, *Y la Silla sigue rodando*. Regalo de navidad,

amigos del alma y un hombre en silla de ruedas confrontan la amargura con la esperanza.

Del cuño de los cuentistas del realismo social siglo XIX de Antioquia y Caldas, recogiendo la experiencia de Adel López Gómez, sumergiéndose en la literatura del siglo XX con Jorge Icaza, vinculándose a Ciro Alegría, exaltando su amor por la tierra y sus gentes en conflictos, Omar Morales Benítez entrega estos cuentos primeros como la partida de una experiencia que seguramente requerirá mayor exigencia y complejidad en su profundización. El desafío mayor para este autor es superar el telurismo anterior y enfrentarse a una visión del mundo que no raye en lo rural con la misma óptica con que otros han llegado en los años pasados. Su cobertura de acción positiva es que no se pierda en elucubraciones y derivaciones anecdóticas y que sabe respirar la prosa clara y plástica en procura de contar una historia y no lo contrario, de que su historia se muera en el texto bello. Sin el don de la profecía, nos atrevemos a señalar que sólo Omar Morales Benítez podrá darse la medida de sus calidades en la medida de sus propias exigencias y conquistas. Por ahora, su voz despierta y precisamente no es balbuciente sino clásica a la manera de nuestro Carrasquilla aunque en menor escala. Sus historias son sentidas, vividas y no sacadas de lo esotérico. Esto naturalmente puede conducirle por aventuras mayores que serán su biografía del mundo y que lo definirán como buen o como mal escritor. Esperamos a que vengan esas próximas y saludemos su libro *Bajo la piel* como el primer grano de arena de un castillo que nunca terminará de construirse.

OBRA: EL BOGOTAZO
AUTOR: ARTURO ALAPE

La Universidad Central contrató al escritor y periodista Arturo Alape, con el fin de que investigara sobre los hechos que conmovieron a la nación el día 9 de Abril de 1948 con ocasión del asesinato del líder social y político liberal Jorge Eliécer Gaitán.

La prensa del país y del exterior, en diversos comentarios se refirió elogiosamente a la Universidad Central como patrocinadora del trabajo, y al escritor Arturo Alape por la hondura, elegancia, idiomática y objetividad con que elaboró el estudio.

Destacamos los comentarios del intelectual y exdirector de la biblioteca Luis Angel Arango, publicados en la revista Renovación con el título "Una recta verificación" y el del periodista Uriel Ospina vinculado desde hace varios años al periódico El Tiempo y quien en el magazine cultural denominó "Memoria del Bogotazo".

UNA RECTA VERIFICACION

Dentro de la abundante bibliografía abribleña, la obra de Arturo Alape, que ahora empieza a circular, pasará de inmediato a ocupar el primer puesto, y a mentenerse en él por tiempo acaso indefinido.

"El Bogotazo, memorias del olvido", no es, en efecto, un libro más, un libro de aquellos que a su hora fueron publicando quienes, por consideraciones íntimas, que a nadie importaban, se creyeron en el deber de dejar a la posteridad el relato de lo que fueron esos hechos según su particular experiencia. No eran, obviamente, obras de meditación, de reflexión, de análisis serio y sereno, sino que todas tenían la forma y la fuerza de verdaderos alegatos políticos, montados con el propósito único y exclusivo de señalar, sin ninguna posible apelación, a los responsables, a los comprometidos, según ellos. Todas esas obras intentaron desde el primer momento cargar sobre el partido conservador todo el peso de la culpa. No se le perdonaba que estuviera en el poder, interrumpiendo un dominio liberal que se había programado para todo el siglo, ni que esa conquista la hubiera hecho a la limpia luz del día, en una batalla democrática sin mancha, tan democrática y tan limpia que el propio presidente Lleras Camargo lo reconoció así al hacer entrega del poder al adversario político que lo había ganado.

Esta hegemonía liberal, proyectada para tan largos años, hubo de ceder el paso al gobierno de unión nacional, con Ospina Pérez a la cabeza. No lo hizo preservando los buenos modales ni, abriendo el natural compás de espera frente al gobierno que se iniciaba. La lucha por la reconquista empezó al día siguiente, desde las propias dependencias oficiales, y al día siguiente empezó también el partido conservador a defender su conquista. En este enfrentamiento innecesario, prematuro y absurdo, se deterioró la paz pública y se radicalizó la posición de los partidos, que ya venían con la pelea casada desde la administración Olaya Herrera, por la forma violenta y precipitada como buscó consolidar a su partido en el poder.

En efecto, cuando se habla del clima de violencia imperante en el país, y que fue, sin duda, factor primordial desencadenante de los bárbaros sucesos, no se quiere reconocer que el origen único y verdadero de esa violencia no viene tan solo de 1946, con la llegada del conservatismo al poder, sino que va un poco más atrás, cuando el liberalismo no omitió ningún expediente, bárbaro o civilizado, para dejar consolidada la hegemonía en la administración Olaya Herrera. Al excluir de los antecedentes del nueve de abril ese capítulo inicial de la violencia, es natural que toda interpretación política que se haga de la fatídica jornada sea inexorablemente, una interpretación tendenciosa y, por lo mismo, desprovista de todo valor. Que es, precisamente, lo que ocurre con los libros publicados hasta ahora, en los cuales los autores, al asumir la vocería de sus ideas políticas, pierden autoridad como historiadores y reducen su credibilidad y su trabajo a unas simples engañosas banderías.

Este libro de Arturo Alape no se parece en nada a ninguno de sus congéneres. Es superior y es distinto a todos ellos. Se observa, como rasgo característico, que su elaboración es el producto de un intenso y duro esfuerzo, con un acopio documental de naturaleza tan compleja que sólo un experto como él pudo reunir y aprovechar de modo tan eficiente. La organización material del libro, dentro de una singular clasificación de las informaciones, y el limpio manejo de los inmensos recursos testimoniales de que hizo uso, aparte las tradicionales fuentes escritas, son algunos de los rasgos que colocan esta obra, como ya dijimos, por encima de todas las anteriores. Pero para nuestro gusto, y para lo que realmente interesa y conviene a la recta verificación histórica de los hechos, lo que hace que este libro merezca y demande el respeto de los lectores, es la forma como Arturo Alape asume la narración de los hechos, no a nombre de unas ideas, ni de un partido, ni de unos compromisos de grupo o de secta, sino con entera libertad, con "esa libertad personal por la cual he luchado siempre", como lo pregona tan justamente orgulloso. Aquí está la clave del buen suceso de su trabajo. Si bien la versión del autor, porque indudablemente la tiene, está dada, según sus propias palabras, a través del montaje del libro, esto no impide que las otras versiones, en cualquier sentido en que ellas se expresen, lo hagan también con entera libertad, sin que se advierta aquí en este libro una voz prepotente y dogmática que trate de alzarse con la verdad revelada.

Arturo Alape es un investigador científico, ubicado integralmente a la izquierda. Sus obras socio-políticas e históricas tienen ese sello

inconfundible. La solidez doctrinaria de que hace gala está condicionada por un sentido ético de la tarea intelectual, realmente admirable. Sus juicios parten todos de su razón, y uno puede no estar de acuerdo con ellos, pero es de fuerza aceptar que en su elaboración no intervinieron factores que pudieran ser tachados de torvos o mezquinos.

MEMORIA DEL "BOGOTAZO"

Extraordinario y apasionante el libro de Arturo Alape "*El Bogotazo, memorias del olvido*", que apenas acabo de leer por haberlo degustado, cuidadosamente, página por página, del mismo modo que se hace con un manjar fino, con ese mal oculto temorcillo de que en un momento habrá de concluir. Estoy persuadido, sin la menor duda de ello, que se trata del documento más importante y objetivo sobre los acontecimientos del 9 de abril de 1948 en Bogotá, y que es al mismo tiempo un asombroso y paciente trabajo de documentación, no en archivos ni en bibliografías, sino personal, con quienes, del presidente Ospina Pérez hasta la copera Emma Cruz que llevó un vaso de agua del café "El Gato Negro" al ya agonizante Jorge Eliécer Gaitán, tuvieron alguna participación en esos trágicos días, en una forma cualquiera.

No tengo el honor de conocer personalmente al señor Alape, pero me es grato hacer público reconocimiento que su libro es una de esas obras que solamente muy de tarde en tarde se tiene ocasión de leer. No cabe duda que es un fresco histórico en el que su autor dispone los personajes para que ellos mismos cuenten "su" 9 de abril, manteniéndose en cierta forma al margen de tomar cualquier posición sobre lo ocurrido, sobre sus antecedentes y sobre sus consecuencias. Alape no toma partido. Deja que los personajes hablen. Y estos hablan. Se monta así un largo metraje apasionante, como un desfile de testigos ante un juez que no pregunta nada sino que les pide que narren lo que vieron, los hechos en que participaron. El libro, de lectura un poco lenta al principio, como si el motor tuviera dificultades en su encendido, acelera poco a poco y llega a un final después de un pavoroso recorrido por algo que quienes lo vieron están lejos, muy lejos, de haberlo olvidado.

Esta técnica tan utilizada en la actualidad, inventada en cierta forma (tampoco en su totalidad), por Cornelius Ryan en su famoso

libro "El día más largo del año", sobre el desembarco aliado en Normandía durante la Segunda Guerra Mundial, también fue utilizado por Larry Collins y Dominique Lapierre en *¿Arde París?*, y tiene ahora en *El bogotazo, memorias del olvido* un colega que en nada desmerece de sus dos predecesores. Del mismo modo que hace Ryan y también Collins & Lapierre, Arturo Alape deja hablar a la gente sin corregirle siquiera su lenguaje coloquial, sin enmendar su estilo, sin evitarle repeticiones. Es un gigantesco "puzzle" que el propio lector va armando a su manera pero siguiendo en todo caso un modelo previo y que cuando termina de hacerlo ve horrorizado lo que fue aquel día de la ira en el que pareció que el fin del mundo había empezado en Bogotá.

Un libro para conservar muy al alcande de la mano. Un libro para leer por cualquier parte. Un libro que arde, como ardió aquel día el centro de la capital, pero que sin embargo no se atreve uno a dejarlo por más que sienta quemarle las manos.

ISAIAS PEÑA GUTIERREZ. Abogado, profesor y director del Taller de Escritores de la Universidad Central, crítico literario y periodista.